La ladrona de palabras

NEFELIBATA



ABI DARÉ

La ladrona de palabras

Traducción de Miguel Alpuente

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Nota a la edición en español: en el original de esta novela se utiliza un inglés no estándar propio de personas poco instruidas y con peculiaridades habituales en Nigeria, producto sobre todo de la mezcla con las lenguas locales, pero al mismo tiempo diferente del *pidgin* que se habla de modo generalizado en el país. En la traducción se ha procurado transmitir en cierta medida esa característica con la inclusión de algunas inexactitudes, redundancias, deformaciones e incorrecciones léxicas y gramaticales, por considerarlo un rasgo estilístico fundamental de la novela.

A mi madre, la profesora Teju Somorin, no solo por ser inteligente y hermosa y haberse convertido, en 2019, en la primera mujer en dar clases de Tributación en Nigeria, sino también por hacerme comprender la importancia de instruirse y por sacrificar tanto para que yo pudiera tener la mejor educación posible.



PRÓLOGO

Nigeria es un país situado en el África occidental. Con una población de algo menos de 180 millones de habitantes, constituye el séptimo país más poblado del mundo. De hecho, uno de cada siete africanos es nigeriano. Es, además, el sexto exportador mundial de petróleo y cuenta con un PIB de 568 500 millones de dólares, lo que lo convierte en el país más rico de África. Por desgracia, más de cien millones de nigerianos se hallan en situación de pobreza y sobreviven con menos de un dólar al día.

Libro de hechos sobre Nigeria,
del pasado al presente, 5.ª edición, 2014



CAPÍTULO 1

Esta mañana, papá me llama al salón.

Está sentado en el sofá sin cojín y mirándome. Papá tiene esa forma de mirarme algo rara. Parece como si fuera a zurrarme porque sí, como si yo tuviera caca en la boca y al abrirla se fuera a llenar todo el sitio de mal olor.

—¿Padre? —digo, y me pongo de rodillas con las manos en la espalda—. ¿Me has llamado?

—Acércate —dice papá.

Sé que quiere decirme algo malo. Se ve en sus ojos; tiene las bolas de los ojos como piedras marrones borradas por estar mucho tiempo al sol caliente. Tiene los mismos que cuando me dijo, hace tres años, que me iba a quitar de estudiar. Entonces yo era la mayor de mi clase y todos los niños siempre me llamaban «tita». De verdad, de verdad que ese día que dejo el colegio y el que mi mamá se muere son el peor día de mi vida.

Cuando papá me dice que más cerca, no hago caso porque nuestro salón es igual de pequeño que un coche Mazda. ¿Qué quiere, que me acerque y me arrodille dentro de su boca? Así que me quedo igual, de rodillas donde estoy y esperando a que diga lo que tiene en la cabeza.

Papá hace un ruido con la garganta y se echa atrás en el respaldo de madera del sofá sin cojín. El cojín se ha podrido porque el más pequeño, Kayus, se le ha meado mucho encima. Lo que ha

meado este niño desde bebé parece cosa de una maldición. El pipí estropeó el cojín y mamá obligó a Kayus a ponérselo de almohada para dormir.

Tenemos una tele en el salón, pero no funciona. Born-boy, el mayor, la encontró en un cubo de basura hace dos años, cuando trabajaba en un trabajo de basurero en el pueblo de al lado. Solo la ponemos ahí para decorar. Hace bonito, ahí colocada como un príncipe guapo en nuestro salón, en el rincón de al lado de la puerta principal. Hasta le ponemos un florero pequeño encima, como una corona en la cabeza del príncipe. Cuando viene una visita, papá hace como que funciona y dice: «Adunni, ven a poner las noticias de la noche para que las vea el señor Bada». Y yo contesto: «Papá, es que no encuentro el mando a distancia». Y entonces papá sacude la cabeza y le dice al señor Bada: «Vaya niños inútiles, que ya han vuelto a perder otra vez el mando. Venga, vamos a sentarnos afuera y a beber y a olvidar las desgracias de nuestro país, Nigeria».

El señor Bada debe de ser idiota de remate si no se da cuenta de que es una trola.

También tenemos un ventilador de pie. Le faltan dos aspas, así que con el aire que echa te sigues muriendo de calor en el salón. A papá le gusta sentarse enfrente del ventilador cuando se hace de noche; cruza los pies por los tobillos y bebe de la botella que es ahora su mujer desde que mamá se ha muerto.

—Adunni, tu mamá se ha muerto —dice papá después de un rato. Me llega el olor a bebida de su cuerpo mientras me habla. Hasta cuando no está bebiendo, la piel y el sudor le huelen igual.

—Sí, papá, ya lo sé —digo yo.

¿Para qué me dice algo que ya sé? ¿Algo que me ha hecho un agujero en el corazón y lo ha llenado con un ladrillo de dolor que arrastro conmigo a todas partes? ¿Cómo voy a olvidar que mi mamá me tosía sangre en la mano, roja y espesa y con burbujas de baba, todos los días durante tres meses? Cuando por la noche cierro los ojos para dormir, todavía veo la sangre, a veces hasta noto su sabor salado.

—Ya lo sé, papá —digo otra vez—. ¿Ha pasado algo más también malo?

Papá suspira.

—Nos mandan que nos vayamos.

—Que nos vayamos ¿dónde?

A veces papá me da preocupación. Desde que mamá se murió, dice cosas sin pies ni cabeza y a veces habla solo, y llora solo también cuando cree que nadie lo oye.

—¿Quieres que te traiga agua para el baño de la mañana? —pregunto—. También hay comida para la mañana, pan fresco y cacahuetes garrapiñados.

—El alquiler de la comunidad son trenta mil naira —dice papá—. Si no pagamos, tenemos que buscarnos otro sitio para vivir.

Treinta mil naira es mucho, pero que mucho dinero. Sé que papá no va a encontrar tanto aunque busque por toda Nigeria, porque ni siquiera tenía para la tasa de mi escuela, que son siete mil. Era mamá la que pagaba la escuela y el dinero del alquiler y de la comida y el dinero de todo antes de morirse.

—¿Dónde vamos a encontrar tanto dinero? —pregunto.

—Morufu —dice él—. ¿Lo conoces? Vino aquí ayer. A verme.

—¿Morufu el taxista?

Morufu es un viejo taxista de nuestro pueblo con cara de macho cabrío. Aparte de dos mujeres, tiene cuatro hijas que no iban a escuela. Solo corrían por ahí por el arroyo del pueblo con las bragas sucias, pescando envases de azúcar con un cordel y jugando al *suwe*[1] y a las palmitas hasta casi pelarse la piel de las manos. ¿A qué venía Morufu a casa? ¿Qué buscaba?

—Sí —dice papá con sonrisa toda tiesa—. Buen hombre, ese Morufu. Qué sorpresa ayer cuando va y me dice que nos paga el alquiler. Todo, las trenta mil.

—¿Y eso es bueno? —Hago la pregunta porque no entiendo, porque yo sé que ningún hombre paga el alquiler de otro si no

1. Juego infantil habitual en Nigeria y similar a la rayuela. (*N. del T.*)

es porque quiere algo. ¿Por qué Morufu nos va a pagar el alquiler? ¿Qué quiere? ¿O es que le debe dinero a papá de antes? Miro a papá con ojos llenos de esperanza de que no sea lo que estoy pensando—. ¿Papá?

—Sí. —Papá espera, traga saliva y se seca el sudor de la frente—. El dinero del alquiler es... parte de tu *owo-ori*.

—¿Mi *owo-ori*? ¿Quieres decir mi precio de novia?

Y ya se me está rompiendo el corazón, porque solo tengo catorce años, casi quince, y no me voy a casar con un idiota de viejo, porque lo que yo quiero es volver a escuela y aprender el trabajo de maestra y convertirme en mujer adulta con dineros para conducir un coche y vivir en una casa bonita con cojines en el sofá y ayudar a mi papá y mis dos hermanos. No quiero casarme ni con hombres ni con chicos ni con nadie, nunca; así que le pregunto otra vez a papá, hablando muy despacio para que me entienda bien cada palabra y no se me engañe al contestar.

—Papá, ¿ese precio de novia es por mí o por otra persona?

Y mi padre dice que sí con la cabeza, lento, muy lento, sin importarle las lágrimas que tengo en los ojos ni mi boca tan abierta mientras dice:

—El precio es por ti, Adunni. Te casas con Morufu la semana que viene.



CAPÍTULO 2

Cuando el sol baja del cielo y se esconde bien hondo en la grieta de la noche, me siento en mi estera de rafia, me aparto la pierna de Kayus de los pies y apoyo la espalda en la pared de nuestro cuarto.

La cabeza me lleva apedreando la mente con muchas preguntas desde la mañana, preguntas que no encuentran respuestas. ¿Qué significa ser la esposa de un hombre con dos esposas y cuatro niñas? ¿Por qué Morufu quiere otra mujer además de las dos que ya tiene? Y papá ¿cómo es que quiere venderme a un viejo sin pensar nada en cómo me siento? ¿Por qué no mantiene lo que le prometió a mamá antes que se muriese?

Me froto el pecho, donde tantas preguntas me están haciendo daño, me pongo de pies con un suspiro y voy a la ventana. Afuera, la luna está roja, suspendida muy baja en el cielo, como si Dios se hubiera quitado un ojo enfadado y nos lo hubiera tirado a nuestro recinto familiar.[2]

Hay luciérnagas en el aire esta noche, sus cuerpos hacen guiños de luz de muchos colores, verde y azul y amarillo, todas bailando y parpaleando en la oscuridad. Hace mucho, mamá me dijo que las luciérnagas siempre traen mensajes buenos a la gente por

2. Estos recintos, que en Nigeria llaman *compounds*, son un grupo de construcciones en los que suele vivir la unidad familiar en sentido amplio (padres, hijos, abuelos, tíos...). *(N. del T.)*

la noche. «Una luciérnaga es el ojo de un ángel —dijo—. ¿Ves esa de ahí, Adunni, la que está en la hoja de aquel árbol? Esa nos trae un mensaje de dinero». No sé qué mensaje nos quería traer esa luciérnaga, pero estoy segura de que dinero no trajo.

Cuando mamá se murió, se me apagó una luz por dentro. Me quedé en esa oscuridad muchos meses hasta que un día Kayus me encontró en el cuarto donde me apenaba y lloraba y, con ojos redondos llenos de miedo, me rogó que dejara de llorar porque si lloro a él le duele el corazón.

Ese día, cogí la pena y la encerré en mi corazón para poder ser fuerte y cuidar a Kayus y a papá. Pero a veces, como hoy, la pena me sube del corazón y pega su lengua a mi cara.

Algunos días, cierro los ojos y veo a mamá con forma de rosa: una rosa amarilla y roja y morada de hojas brillantes. Y si huelo la rosa muy fuerte también me llega el olor de mamá: el olor dulce de un rosal plantado alrededor de un arbusto de menta, del jabón de coco de su pelo después de bañarse en las cascadas de Agan.

Mi mamá tenía un pelo largo que se peinaba en trenzas con hilo negro y se enrollaba alrededor de la cabeza como una cuerda gorda, como si llevara dos o tres ruedas pequeñas en la cabeza. A veces se quitaba las trenzas y el pelo le caía por la espalda y entonces yo se lo podía peinar con su cepillo de madera. Y a veces me quitaba el cepillo, me hacía sentarme en un banco, afuera al lado del pozo, y entonces me enrollaba a mí el pelo con tanto aceite de coco que luego yo iba por todo el pueblo oliendo a fritanga.

No se hizo vieja, mi mamá, solo tenía cuarenta años antes de morir, y cada día siento un dolor en el alma por su risa y su voz tranquilas, por lo suaves que eran sus brazos y por los ojos que decían más palabras que ella habló nunca por la boca.

No se pasó enferma mucho tiempo, gracias a Dios. Solo seis meses y medio de toser y toser hasta que la tos le comió toda la carne y le dejó los hombros como el pomo de la puerta de nuestro salón.

Antes de la mala enfermedad, mamá siempre estaba de trajín. Siempre haciendo esto y aquello para cualquiera del pueblo. Freía cien *puff-puff* [3] cada día para venderlos en el mercado de Ikati y, a veces, cogía cincuenta de los mejor dorados en el aceite caliente y me decía que se los llevara a Iya, una anciana que vivía en el pueblo de Agan.

No sé muy bien cómo es que Iya y mamá se conocían ni cuál era su nombre de verdad, porque Iya es la palabra yoruba para una mujer mayor. Solo sé que mi mamá siempre me mandaba a darle comida a Iya y a las otras ancianas enfermas de los alrededores de Ikati: *amala* [4] caliente y sopa de okra con cangrejos o judías y *dodo,* [5] con el plátano suave y aceitoso.

Una vez, le llevo *puff-puff* a Iya después que mamá estaba demasiado mala para ir muy lejos y, cuando llego a casa por la noche y le pregunto a mamá por qué sigue enviando comida a la gente cuando está demasiado mala para ir lejos, ella me dice:

—Adunni, debes ser buena con otra gente, aunque no te encuentres bien, aunque todo el mundo a tu alrededor no esté bien.

Fue mamá quien me enseñó a rezarle a Dios, a ponerme hilo en el pelo, a lavarme la ropa sin jabón y a cambiarme la ropa interior cuando mi visitante del mes vino la primera vez.

Se me pone una bola en la garganta ahora cuando oigo su voz en mi cabeza, lo débil y flojo que hablaba cuando le rogaba a papá que no me diera a ningún hombre para casarme si ella moría de su enfermedad. Oigo también la voz de papá, temblando de miedo, pero luchando por ser fuerte al contestarle:

—Para ya con esa tontería de morirte. Aquí nadie se muere de nada. Adunni no se casará con ningún hombre, ¿me oyes? Irá al colegio y hará lo que tú quieres que haga, ¡te lo juro! ¡Tú ponte buena rápido y ya está!

3. Bolas de masa frita similares a los buñuelos y típicas de Nigeria. *(N. del T.)*

4. Alimento tradicional nigeriano en forma de bola a base de harina de ñame, yuca o plátano y que se sirve como acompañamiento. *(N. del T.)*

5. Plátano macho frito típico en Nigeria. *(N. del T.)*

Pero mamá no se puso buena rápido y ya está. Se murió dos días después de hacerle papá esa promesa y ahora me voy a casar con un viejo porque papá se está olvidando de todo lo prometido a mamá. Me caso con Morufu porque papá necesita dinero para comida y el alquiler y no sé qué más.

Noto la sal de las lágrimas al recordarme de todo eso y, cuando vuelvo a la estera y cierro los ojos, veo a mamá como una rosa. Pero esa rosa ya no tiene amarillo ni rojo ni morado ni hojas brillantes. Esa flor tiene el marrón de una hoja mojada, una hoja que pisotean los pies sucios de un hombre que olvida la promesa que le hizo a su mujer muerta.